

ANALES 2

MUSEO DE AMÉRICA 1994

Artículo

Mito y realidad
en los Mares del Sur:
el paraíso perdido

M^o de la Cerca González Enríquez



MITO Y REALIDAD EN LOS MARES DEL SUR: El Paraíso Perdido.

M^{ra} de la Cerca González Enríquez

ÓÜÄÉ I H ËH ÉÉ Í G ËË ÖÉJJI ÉÉÉ HÁÁ

En los albores del siglo XXI una humanidad tan ocupada como la nuestra, abanderada de la prisa y de la competencia parece desprovista de cualquier resquicio romántico que los mitos han alimentado desde tiempos inmemoriales. Pero afortunadamente no es más que una apariencia. A pesar de la frialdad y del subjetivismo que nos caracteriza a los mecanizados hombres del siglo XX sentimos una necesidad imperiosa de encontrar aquel **paraíso perdido** en el que todos y cada uno de nosotros nos hemos sentido reyes en los momentos de máxima soledad.

Uno de esos mitos es el que mueve a mucha gente a viajar a las paradisíacas islas del Océano Pacífico, al menos una vez en la vida, y a otros tantos menos agraciados, a soñar con ellas. De esta necesidad occidental, manifestada en la atracción que ejerce esta parte del globo, y de las tierras y gentes sobre las cuales hemos edificado dicho mito, es lo que intentaré analizar a continuación de forma clara y precisa. No pretendo dar una lección magistral sobre mitología del siglo XX, no podría, me faltan los conocimientos teóricos necesarios; tampoco pretendo exponer verdades etnográficas sobre estos archipiélagos, puesto que no he estado nunca allí. Quizás debería incluirme en el grupo de personas poco agraciadas que tan sólo se han limitado a soñar con ellos. Sólo soy una etnóloga de "gabinete" que lleva diez años estudiando a las culturas del Gran Océano y sobre todo los restos de su cultura material que se encuentran en nuestros Museos. Profundizar en las colecciones de los siglos XVIII y XIX, recogidas en el momento mismo que Occidente creó el mito, fue lo que me condujo a interesarme por este tema.

Los datos y conclusiones que se expondrán a continuación son el resultado de una **melange** de fuentes etnohistóricas, museología y reflexiones personales, así como de conversaciones de despacho con arqueólogos y etnólogos amigos, conversaciones informales pero no por ello menos fructíferas en las que cada especialista daba sin ningún tipo de reparo, lo máximo que llevaba dentro.¹

Las tierras que han dado lugar a las culturas sobre las que se ha edificado este deseo se sitúan a lo largo de la superficie de agua más grande del Globo, el Océano Pacífico y en ellas viven tres grandes grupos etnopolíticos: micronesios, melanesios y polinesios. Estas gentes diferenciadas entre sí tanto racial como culturalmente poseen no obstante ciertos rasgos comunes que las caracteriza, y aunque cada día creo más firmemente que los polinesios son los máximos responsables del surgimiento de este mito, hablaré genéricamente de los habitantes del Océano dado los continuos contactos que han existido siempre entre las islas, antes y después de la llegada de los europeos.²

Oceanía, la llamada **QUINTA PARTE DEL GLOBO**, está constituida por esa gran masa de agua que es el Océano Pacífico donde aparecen diseminadas una multitud de islas separadas entre sí por muchos km., desde Bering al Norte hasta el Océano Antártico al Sur. La distribución y formación de estas masas de tierra influirá, como veremos más adelante, en el poblamiento y las culturas que se han desarrollado en su superficie.

1. Los responsables directos de estas reflexiones, sin cuyas aportaciones posiblemente no me hubiera decidido a escribirlas son D. Juan Antonio Flores, Etnólogo, Dña. Carmen Varela, arqueóloga y Dña. Dolores La Fuente, Etnóloga, a quienes agradezco de antemano el tiempo que pasamos juntos, y su estimable ayuda a la hora de ordenar mis ideas.
2. Como veremos durante el desarrollo del texto, la temática va más orientada al mensaje transmitido por un cuadro de Gauguin que a la obra de Malinowski sobre las Trobriand destinada o más bien difundida entre especialistas.

Oceanía consta de una parte continental ubicada al oriente, y que comprendería el continente australiano y las grandes islas melanesias. Y otra parte insular, la que más nos ocupa, formada por pequeñas y grandes islas de origen coralino y/o volcánico diseminadas ya a lo largo y ancho de sus aproximadamente 180 millones de km², dividiéndose a su vez en dos áreas culturales distintas, Micronesia y Polinesia.

Indudablemente, al ver la extensión de Oceanía en un mapa, y comprobar por los modernos estudios de arqueología y lingüística que su poblamiento se remonta a épocas prehistóricas, el asombro es manifiesto, pero cierto. Dejando a un lado las múltiples teorías dadas sobre el mismo, nos centraremos tan sólo en la más seguida en la actualidad.³

Las primeras tierras que se poblaron fueron las de origen continental, Australia y las grandes islas melanesias, durante la época glaciaria. Efectivamente, aprovechando el descenso del nivel del mar durante las épocas frías y al ser unas tierras separadas por canales de fácil comunicación, grupos humanos se lanzaron a la conquista de estas tierras siguiendo posiblemente a la caza. Partiendo del SE asiático estos cazadores-recolectores, los llamados negroides y australoides, viajaron a través de Filipinas, cuyos representantes actuales serían los llamados "negritos", Nueva Guinea y se extendieron por el continente australiano y Tasmania.

Pero no sería hasta finales del Holoceno, que una segunda oleada migratoria distinta a la primera, tanto cultural como racialmente, recorriera hasta Nueva Guinea el mismo camino y se superpusiera al poblamiento anterior, para una vez asentados, lanzarse a una de las mayores aventuras de la humanidad, el poblamiento de las tierras insulares del Océano.⁴ Estos grupos malayos fueron empujados por contingentes humanos más fuertes desde algún punto de Vietnam o Sur de la China, llegando hasta Formosa, Taiwan y Filipinas. Alrededor del 7.000-5.000 A.C., iniciaron una dispersión en tres direcciones: a- hacia el Oeste, poblando Borneo; b- hacia el Este, extendiéndose por Micronesia hacia el 2.500-2.000 A.C.; y c- el grupo que más nos interesa, se dirigieron al SE poblando las islas melanesias, hasta el archipiélago de Fidji (3.000-1.500 AC), donde se superpusieron a la población existente negroide.

Esta superposición racial será la tónica dominante en las características físicas de los oceánicos de acuerdo al mayor o menor predominio de un grupo u otro. Así, los melanesios, llevan un mayor predominio negroide en sus venas, mientras que los polinesios son mayoritariamente malayos. Los grupos micronesios constituirían un contingente intermedio incluso variando de acuerdo a su mayor o menor alejamiento a una de las áreas antes mencionadas.

Hacia el 1.500 AC surgió en las islas melanesias la cultura lapita cuyo foco más representativo serían las islas Fidji sobre todo como centro difusor de cultura hacia los archipiélagos polinesios vecinos de Samoa y Tonga, y creando ya entonces un triángulo de relaciones culturales que llega hasta la actualidad, por encima incluso de diferenciaciones geográficas, étnicas y políticas. Esta cultura eminentemente horticultora y dedicada a la cría de animales como el cerdo⁵ desarrolló una cerámica por la cual se la conoce en todo el mundo. Esta cultura, origen de la futura cultura polinesia, desarrolló entonces unas técnicas de navegación a partir de conocimientos ya sabidos y otros aprendidos, como la canoa doble, e inició un intercambio comercial entre las islas cuya conjugación les permitió colonizar todo el Océano y en un período relativamente corto de tiempo. La empresa no debió de ser fácil y el costo de vidas humanas grande, pero lo cierto es que en un milenio se co-

3 Una de las teorías más discutidas incluso en la actualidad es la defendida por Thor Heyerdhal y desarrollada profusamente en su libro "la expedición de la Kontiki". Barcelona, 1986. En la que basándose en la dirección de los vientos y corrientes del Océano y de restos pétreos como los de Pascua, defiende el poblamiento americano de las islas.

4 El artículo de Ignacio MONTERO RUIZ: "Navegantes prehistóricos del Pacífico. El poblamiento de Polinesia". Revista de Arqueología. Año VII, nº71. Marzo 1987, pág. 20-34. Madrid, es un estudio serio y conciso sobre este tema.

5. El cerdo es aún hoy en día un animal definitorio de las culturas oceánicas, presente en su vida cotidiana, y centro de sus mitos, rituales y relaciones intertribales y familiares. Sin duda alguna estos archipiélagos son los mayores representantes de la llamada porcofilia por Marvin Harris (véase Harris, M.: 1980).

lonizaron todos los archipiélagos polinesios, incluso los más alejados como Pascua. El asentamiento más antiguo fue Tonga, en el 1.300 AC., seguido por Samoa en el 1.100 AC. En el 300 DC ya estaban en las Marquesas y a partir de allí se poblaron las islas de la Sociedad, las Hawaii(300-600DC) y Pascua (400-500 DC). Las últimas islas en poblarse fueron las Cook, en el 900 DC a partir de las cuales llegaron a las Australes y Nueva Zelanda, en el 1.100 DC.

Cuatrocientos años más tarde, en 1.521 se produjo un acontecimiento que cambiaría el destino de los isleños al darlos a conocer al mundo occidental, hecho muy conocido entre los hispanistas como fue la llegada de Hernando de Magallanes a la isla de Guam, en el archipiélago de las Marianas.⁶ Desde esta fecha y durante la siguiente centuria, los barcos españoles bien desde la península bien desde los virreinos americanos, avistaron y descubrieron la mayor parte de las islas melanesias y polinesias, si bien sólo ejercieron una dominación efectiva en las septentrionales islas micronesias al servirles de puente entre Oriente y América, hecho que les traería muchos problemas en un futuro, pero que es resultado directo de la apatía de la corona manifestada en estas latitudes por un gran abandono por favorecer a colonias más fructíferas. ¿Qué comparación cabría entre cocos y playas de blancas arenas frente a las minas de Potosí?. Curiosa paradoja sobre todo cuando un siglo más tarde el mito de los Mares del Sur se va a edificar precisamente sobre dichas playas.

Al mismo tiempo que España abandona a su suerte a estas tierras, las potencias europeas no perdieron el tiempo. Estos territorios españoles representados por las órdenes religiosas y en algunos por una pequeña guarnición militar poco o nada pudieron hacer ante la llegada, sobre todo en el siglo XIX de misiones protestantes, de comerciantes de copra y balleneros, que poco a poco fueron haciéndose con estos territorios e incidiendo sobre sus habitantes de una manera bastante traumática, produciéndose el primer gran choque cultural para los isleños. Con ello no quiero decir que las tierras que habían recibido a los españoles no lo sufrieran con anterioridad por que no sería cierto. Pero hay que tener en cuenta la extensión y las distancias en estas latitudes para comprender que ese hecho estaba muy localizado en determinadas islas micronesias como Guam o Yap, centro de guarniciones españolas, pero ni siquiera en todo el área micronesia, muchas de cuyas islas no estaban ni colonizadas de hecho.

De esta forma llegamos al siglo XVIII, época en la que se conjugan las circunstancias políticas y culturales necesarias en Occidente para que se desarrolle el mito. Desde el punto de vista político el 1700 ve nacer nuevas potencias mundiales, como Inglaterra, que se eleva a primera potencia marítima mundial extendiendo sus tentáculos por todo el orbe, sobre todo el americano y el oceánico. Es por ello que España, clara potencia perdedora ya, tuvo que concentrar sus esfuerzos en la defensa del gran coloso americano, difícil de sostener pues los ecos revolucionarios del último tercio de siglo en los territorios americanos del Norte y los europeos comenzaban ya a latir entre los criollos. De esta forma, la Corona española organizó continuas expediciones defensivas de sus colonias a lo largo del litoral americano y del océano Pacífico, como fueron las organizadas por el virrey Amat desde el Perú hacia Tahití y la Polinesia central.

Estas misiones bélicas quedarían tan solo en eso si no se hubieran desarrollado en este siglo y si no hubieran estado impulsadas por personajes clave de la vida hispana del momento, como fueron el citado virrey Amat, el propio rey Carlos III o en personajes como Alejandro Malaspina. Nos encontramos en plena eclosión de la Ilustración y en toda Europa el espíritu intelectual se superpone incluso a las misiones bélicas. Inglaterra, la gran rival española del momento organizó una de las series de viajes más fructíferos para el conocimiento de los isleños como fueron las tres

6. No creo importante extenderme en señalar la importancia que este descubrimiento supuso para la Corona Española, en cuanto a la apertura de nuevas vías comerciales con Oriente y posteriormente con América y Filipinas a través de la Nao de Acapulco. Tampoco me extenderé en la descripción sistemática de los sucesivos avistamientos y ocupaciones de estas islas tanto por España como por las sucesivas potencias que a ellas llegaron por no considerarlo necesario para el tema que nos ocupa. Existe no obstante abundante bibliografía al respecto, una de cuyas obras generales de consulta es MARTINEZ SHOW,C y otros: El Pacífico español. De Magallanes a Malaspina. 1988. Madrid.

expediciones realizadas por el capitán James Cook (1.768-76), el equivalente anglosajón a la expedición Malaspina (1.789-95) o Cuéllar(1.785); Francia con la expedición del conde de Lapérouse (1.785) y muchos más, misiones científicas destinadas al conocimiento detallado de las gentes y la naturaleza. La atracción que los "otros pueblos" despertaron en los espíritus intelectuales del momento, sobre todo a raíz de la obra de Rousseau y su concepto del **buen salvaje** dio lugar a que las expediciones defensivas u ofensivas proporcionaran información de primera mano sobre los pueblos que visitaban, y así mismo, recopilaran los objetos etnográficos que años más tarde constituirían los fondos de los primeros museos.

El siglo XVIII trajo consigo uno de los mayores movimientos socioculturales de Occidente: **LA ILUSTRACION**, máxima responsable de la caída del **Viejo Mundo** y gestora del **Nuevo**, artífice del derecho moderno y creadora de una de las máximas reivindicaciones de la humanidad, como fue la proclamación de los derechos humanos, si bien han sido necesarios casi dos siglos para que las Instituciones oficiales se ocupen de ellos.

Si hiciéramos un retrato robot del hombre ilustrado, nos encontraríamos con un burgués culto y refinado, orgulloso de serlo, y terriblemente ambicioso. Representante de una clase social con mucha fuerza, debido a su poderío económico, que extiende sus tentáculos hacia el mundo de la política, hasta entonces en manos de la aristocracia, una aristocracia en plena decadencia que ve perder su protagonismo social por la irrupción de los **nuevos hombres** que, curiosamente, intentan imitar en lo más posible a aquella aristocracia que arrinconan. Estos **libertinos** como los denomina la Iglesia francesa, son aquellos que potencian la pérdida de credibilidad de la Iglesia por parte de determinados sectores sociales ante verdades indiscutibles hasta entonces y admitidas por el todo social. Las preguntas ante determinados hechos no esperan verdades de fe sino científicas lo que produce el alejamiento cada vez mayor entre la Iglesia y los Ilustrados que preparan, libres ya de las directrices eclesiásticas, el camino para que en el siglo siguiente, surjan mentes como la de Charles Darwin tan decisivas en un futuro.⁷

Esta nueva savia social vive no obstante en una Europa en clara decadencia, con fuertes desajustes sociales y agotada por luchas que se arrastran de siglos atrás, viejas disputas de clase, entre religiones, fronterizas, que asolan a una tierra que no tiene sitio para albergar a todos sus habitantes. Es cuando se producen los grandes movimientos de gentes hacia el Occidente y cuando comienzan a llegar las primeras noticias de las **otras tierras**.

Entrando ya de lleno en el tema que nos ocupa habría que hacer una aclaración. Los responsables directos de la creación del mito no son los emigrantes que huyen del hambre y de la pobreza sino precisamente esa clase ilustrada que viaja a aquellas tierras tan lejanas pero por motivos muy diferentes. Las gentes sencillas que ven en la emigración la única salida para sobrevivir eran gentes que no se habían alejado de la Iglesia, mayoritariamente analfabetas y cuyas creencias eran el soporte necesario para encontrar un sentido a su desdichada vida. En la mayoría de los casos, los nativos con los que se encontraban eran competidores de las tierras a las que ellos aspiraban, enemigos por tanto que no les inspiraban la menor curiosidad entre otras cosas porque no vivían en la gracia de Dios. Los ilustrados que viajan o promueven viajes por el contrario, son personas que buscan el por qué de las cosas, para las que la naturaleza y las gentes que se encuentran son la llave del conocimiento al que tanto aspiran.

Durante todo el segundo tercio del siglo XVIII y el XIX, las potencias europeas se disputan la repartición del mundo; América, Asia, África y Oceanía asisten inmóviles ante el resquebrajamiento de sus tierras. Las antiguas potencias luchan por defender sus viejas colonias, como es el caso español, y las nuevas pelean denodadamente por la obtención de unas tierras que no sólo les faciliten poderío estratégico sino sobre todo por la apertura de nuevos mercados económicos. Ambas partes desarrollaron potentes marinas de guerra, ya que en ello les iba la supervivencia a unas y el naci-

7. Veasé Groethuyen, B.: 1981

miento a las otras, realizándose las grandes expediciones marítimas que tanto han caracterizado a este final de siglo. Pero la mayoría de las expediciones no eran afortunadamente sólo bélicas, el tinte científico que marcó el final de siglo acompañó a los militares personificándose en botánicos, zoológicos, geólogos etc... gentes que se ocupaban de las tierras y sus habitantes, que recogían objetos y los estudiaban, y lo más importante: escribían sobre ello. Estos marinos ilustrados, estos científicos relataron maravillas sobre los Mares del Sur, sus tierras y sus hombres y sus descripciones fueron tan maravillosas que hicieron soñar a muchos naciendo entonces el mito, un mito que se refleja en las colecciones que duermen en nuestros museos y en los europeos, caracterizado por el concepto del "buen salvaje" de Rousseau, y el deseo de ser y no poder de la sociedad europea que ve en estos pueblos la frustración de su propia cultura, sus tabúes y prohibiciones más traumáticas.

Llegados a este punto hay que resaltar dos aspectos muy decisivos; primero, que la realidad social que reflejan las colecciones no es más que el reflejo parcial de la sociedad a la que pertenecen y segundo, que la sociedad mítica no es un reflejo real de las sociedades oceánicas.

Pasemos a desarrollar el primer punto y para ello necesitamos saber la naturaleza de los objetos recogidos por las expediciones científicas. La mayor parte de las piezas habidas en los Museos europeos hacen referencia a tres temas muy concretos: la guerra, el prestigio y la muerte. ¿Qué tipo de piezas se engloban dentro de esta temática? ¿Qué lectura podemos sacar de ellas?. Por otro lado, si las piezas que encontramos en los museos se refieren a dicha temática, ¿cómo es posible que una sociedad que habla de violencia y prestigio pueda proporcionar uno de los deseos que inspiran todo lo contrario al que lo busca?. La respuesta la encontramos en las sociedades oceánicas de finales del siglo XVIII y XIX, sobre todo en su situación en el último tercio del primero, cuando a pesar de los contactos múltiples ya existentes entre ellas y los occidentales, el choque cultural no se había producido aún y las sociedades permanecían sin alteración ninguna. Este dato es muy importante sobre todo para las colecciones que permanecen en los museos españoles pues pertenecen a estas fechas y fueron recopiladas en un momento en que todos y cada uno de los objetos que se trajeron cumplían una función determinada en el seno de la sociedad donde se recogieron.

Al extendernos sobre este tema hay que tener en cuenta un factor muy decisivo, y es el que se refiere al tipo de objetos que llegan a Europa y las lecturas que nos dan de las sociedades a las que pertenecen. En lo referente a las colecciones habidas en España, podemos hacer dos grandes grupos, complementarios a la vez, pero diferenciados en los siglos en que fueron recogidos.

Las colecciones recopiladas durante la última centuria del siglo XVIII, y aproximadamente durante la primera mitad del XIX, están formadas, como veíamos, por objetos que nos hablan de guerra, prestigio y muerte, principalmente. Son armas y objetos relacionados con las acciones bélicas que tienen una lectura doble como armas que son, tanto defensivas como ofensivas, y como insignias de poder y de status. Esta constante se refleja en todas las colecciones señalando objetos y artefactos de uso exclusivo tanto en la indumentaria como en el adorno e incluso en las vajillas, que como las de Hawaii, pertenecían a la aristocracia y la realeza.

Llegados a este punto cabría preguntarnos por qué se recogen sólo este tipo de artefactos. La respuesta está en quién los recoge. Durante estos años los principales recopiladores son los integrantes de las tripulaciones de las expediciones científico-militares de las que hablábamos antes. Personajes ilustrados, científicos y personas en general motivadas y atraídas por lo que de científico primero, y romántico después, pudieran tener estas sociedades. Por otro lado, al ser representantes de un Gobierno en tierras extrañas, con quienes entraban en contacto eran con las máximas figuras de poder de las islas, es decir, reyes donde los había, como en Hawaii, Tonga o Yap, o clases altas dirigentes. Ello determinaba que los intercambios y donaciones efectuadas se referían a objetos de su uso, lo que en jefaturas tan estratificadas como las oceánicas constituían los más cuidados y llamativos.

¿Por qué este punto es importante?, lo es porque en el momento en que se recogieron estas piezas, las culturas oceánicas, si bien habían entrado ya en contacto con los occidentales, no habi-

an sufrido aún el proceso de aculturación a que se verían sometidas en los años venideros, y todos y cada uno de los objetos recogidos cumplían una función concreta, en uso, en las sociedades a las que pertenecían. Este dato es muy determinante ya que aunque sólo nos ayuda a conocer parcialmente las jefaturas oceánicas, al darnos una visión exclusiva de las clases dirigentes, queda contrarrestada por la importancia que dichos objetos tienen en sí mismos, lo que además, unido a los relatos y descripciones de los viajeros del momento, contribuyen a reconstruir estas sociedades en lo que podríamos llamar "estado puro", antes del declive acelerado de su sistema.

Este análisis es válido para las colecciones recogidas en esta primera etapa, cuando la política cultural del momento estaba interesada por la recopilación de los materiales que engrasarían los primeros museos.⁸ Posteriormente, y debido a los avatares de la política española de la pasada centuria, existiría un lapsus de tiempo en el que la "cultura" y todo lo que se relacionaba con ella en materia de museología quedaría almacenado en los sótanos de edificios como el Museo Arqueológico. Habría que esperar a que las últimas colonias volvieran a verse amenazadas, para que el Estado recondujera su interés hacia estas tierras. Indudablemente esto fue posible gracias a la temporal estabilidad de la política interna del país.

Nos encontramos alrededor de 1885, cuando el Imperio español ultramarino se reducía a Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Estos últimos reductos españoles, amenazados claramente por las potencias extranjeras tenían sus días contados como integrantes de una Corona que no podía mantenerles. Dejando de lado las colonias americanas, y centrándonos en las que nos atañen directamente pertenecía a la Capitanía General de Filipinas toda la Micronesia es decir, los archipiélagos de las Marianas, Carolinas, Marshall y Gilbert, actual República de Kiribati, precisamente los archipiélagos que desde más antiguo pertenecían a la Corona española⁹. En el último tercio del siglo XIX los intereses culturales del momento se plasmaban en la política de creación de Exposiciones Universales, donde la economía y el Neocolonialismo ocupaban un puesto muy destacado. Fue así como se organizó la Exposición General de Filipinas¹⁰, principal recopiladora de los materiales que se encuentran en el Museo Nacional de Etnología, pertenecientes al último tercio del siglo XIX.

¿Qué tipos de objetos se traen?. Aquí es dónde radica la diferencia con respecto a los objetos del siglo XVIII que llegan a la Península vía Real Gabinete. Si éstos últimos se referían en síntesis a materiales determinantes del status y del prestigio de las jefaturas polinesias principalmente, y de las islas melanesias, los materiales que vienen en esta exposición son todos micronesios¹¹. Además, se refieren a objetos de uso cotidiano como arados, indumentaria, útiles de menaje etc..., es decir todo aquello que pudiera potenciar el interés económico de estos territorios ante la opinión pública y ante los políticos. Y aún existe una diferencia muy notable con respecto a las piezas del Dieciocho como es el grado de aculturación que los objetos micronesios denotan. Estos archipiélagos llevaban viviendo bajo la influencia de la Capitanía General de Filipinas desde el siglo XVI, y aunque el grado de aculturación no se puede medir por igual en todos los archipiélagos, hay que tener en cuenta que la Nao de Acapulco hacía escala en ellas, con lo que a intercambio económico y ruta del Pacífico Norte significaba. Por otro lado, la llegada de los balleneros y comerciantes de copra, ya en el siglo XIX, así como las primeras misiones protestantes, sobre todo en las Carolinas, hicieron que el proceso de aculturación fuese más acelerado.

8. Hablar profusamente de la creación de los primeros museos no viene al caso aunque esté relacionado directamente con el tema que nos ocupa. Tan sólo apuntar que desde la creación del Real Gabinete, fundado gracias a la política cultural de Carlos III, en 1771, el siglo XIX vio formarse museos tan importantes como el Museo Arqueológico Nacional, en 1867, y el Museo Nacional de Etnología, en 1875, que junto con el Museo Biblioteca de Ultramar serían los depositarios de todas las piezas llegadas hasta la fecha de las colonias ultramarinas de la Corona, así como de colecciones privadas de gran importancia. No obstante si se quiere profundizar sobre este tema veasé: Cabello Carro, P.: 1988.

9. Hay que recordar que Magallanes arribó a Guam en 1521, y que Miguel López de Legazpi tomó posesión oficial de las Marianas o Islas de los ladrones en 1565.

10. CATALOGO DE LA EXPOSICION GENERAL DE FILIPINAS. 1887.

11. Hago referencia tan sólo a los materiales oceánicos, no a la mayoría de los expuestos que se referían a las islas Filipinas.

Viendo ya a través de las piezas el tipo de lectura de las sociedades que representan, nos encontramos con muchas lagunas para la reconstrucción del mundo oceánico.

Para el siglo XVIII y la primera mitad del XIX y resumiendo lo anteriormente expuesto, nos reflejan unas sociedades altamente jerarquizadas en donde el status y el prestigio son muy determinantes, como corresponde a lo que los antropólogos denominamos Jefaturas, adquiriendo éstas un grado de desarrollo muy avanzado en la Polinesia en aquellos años. Pero no tenemos prácticamente ningún objeto de uso cotidiano o de las clases socialmente inferiores que nos permitan reconstruir la sociedad en general.

De igual forma, los materiales de finales del XIX nos hablan de ese mundo cotidiano vivido por el común de las gentes, pero sin apuntarnos cómo se mantenían las clases superiores y si tenían aún vigencia sus insignias de poder.

Quedaría así desarrollada la primera premisa que se nos planteaba, a saber, que la realidad social reflejada por las colecciones no era más que un reflejo parcial de la sociedad a la que pertenecen. Pasaré a continuación a desarrollar la segunda premisa, y es que la sociedad mítica no es un reflejo real de las sociedades oceánicas. Para ello intentaré sintetizar lo más posible una pequeña visión de las sociedades oceánicas con el riesgo de omisión que toda generalización, resumiendo, conlleva, y haciendo más hincapié en el mundo polinesio como me refería al principio.

Nos encontramos ante una de las jefaturas más avanzadas del momento que, junto a las del Noroeste Americano, como las Haida y Kwakiult, se basaban en la jerarquización de las clases sociales y en los intercambios económicos para la obtención de prestigio personal.

La pirámide social estaba formada por una aristocracia todopoderosa en lo terrenal ya que estaban avaladas por los poderes sagrados que les concedía el TAPU y el MANA. El mana es una fuerza impersonal y sobrenatural que en las creencias animistas se encuentra en todos los seres, personas o cosas, lo que las hace ser consideradas tabú, término que indica las prohibiciones de orden mágico. De esta forma, estas personas numéricamente inferiores al resto de la sociedad, eran las máximas ostentadoras del poder político y religioso y tanto ellas como sus objetos o propiedades quedaban bajo la influencia del tabú siendo de uso exclusivo, castigándose a aquel que osara apropiarse de ellas o usarlas.

La aristocracia formaba el Consejo de principales, órgano electo entre los miembros más ancianos de los linajes más antiguos con el fin de regular su poder y evitar así la concentración del mismo en una sola persona o grupo social.

El estamento siguiente lo formaban los hombre libres, propietarios de tierras o disfrutadores de subfeudos concedidos por la nobleza. Eran los jefes de ceremonias, los peritos en navegación, distribuidores de alimentos y los artesanos o Matai, estos últimos muy considerados en la sociedad tradicional.

Por debajo de ellos estaban los esclavos, prisioneros de guerra o inflingidores de tabúes, gente sin derechos ni posesiones.

Los lazos familiares era muy fuertes, estando la mayoría de las veces los intereses de la familia por encima de los de la comunidad. En la mayoría de las herencias prevalecía el derecho materno¹², heredando los hijos de la madre el rango y los bienes. Incluso en la sucesión al trono, en aquellas islas donde existía una familia real, los hijos de la hermana del rey heredaban al mismo. El sistema de parentesco más extendido era el cognaticio, sistema muy relacionado con la posesión

12. Vease Fox, Robin: 1972.

de la tierra. Cada clan descendía de un antepasado común, el primero en adquirir el lote de tierras al que pertenecían todos sus descendientes; era el establecedor del derecho sobre la tierra de acuerdo a la residencia en la misma o a la participación directa sobre la propiedad.

En cuanto al campo de las creencias, eran unas sociedades basadas en el animismo y en el culto a los antepasados. La creencia en que todo lo que se mueve tiene un alma, animismo, se plas-maba en una profusión de espíritus que se hacían presentes en elementos de la naturaleza como las piedras o los árboles. Ello daba una prioridad directa a la dualidad bien/mal que se reflejaba en todos los aspectos de la vida cotidiana, existiendo mecanismo de defensa como los amuletos y desembocando directamente en el culto a los antepasados, materializado en la conservación en las casas de las calaveras de los mismos. Así y de acuerdo al comportamiento del difunto en vida o a la forma de muerte, el espíritu del antepasado podía volverse beneficioso o maléfico para sus familiares.

Por encima de estas creencias, los polinesios contaban con un panteón al más puro estilo clásico. Partiendo de un caos inicial se creó el orden gracias a la acción de un dios creador. A partir de ese momento RANGI, el cielo se unió con PAPA, la tierra y surgieron los demás dioses (kane, lono, kanaloa etc..) y los hombres.

Los centros ceremoniales estaban formados por los MARAE, plataformas pétreas a las que se accedía por caminos flanqueados de estatuas, habitáculos temporales de las divinidades. En ellas, los TOHUNGAS o sacerdotes realizaban sacrificios humanos como ofrendas a sus dioses bien para la obtención de algún favor, bien para calmar su ira. Los Tohungas, pertenecientes a la familia real o a la aristocracia ejercían su cargo hereditariamente y eran los depositarios del saber mitológico e histórico.

Una sociedad tan estratificada como ésta requería una casta guerrera para dirimir sus litigios. Se elegían entre los aristócratas que usaban su posición como tales como arma política y como obtención de prestigio personal.

En cuanto a la economía, éstos grupos horticultores mantenían una economía de subsistencia amparándose en el mundo vegetal que les rodeaba y en el ámbito marino. El Taro (Arum Macrorrhizum), el Ñame (Dioscorea Sativa L.), el cocotero (Cocos Cunifera) y el famoso Arbol del Pan micronesio (Arthocarpus incisa) eran las plantas más consumidas y usadas tanto para la fabricación de contenedores, indumentaria o incluso techado de viviendas. En cuanto a los animales domésticos, el cerdo fue sin duda el más importante de todos. Las piaras de cerdos eran mimadas y consumidas prácticamente en su totalidad en los festines siendo el eje principal sobre el que giraban las ceremonias de obtención de prestigio.

Una sociedad con grupos humanos tan diferenciados requería una manifestación externa que avalara a simple vista la pertenencia a uno o a otro. Ello hacía de la indumentaria y el adorno los elementos principales que hacían a simple vista saber si se trataba de un aristócrata, un libre o un esclavo. Si debido al clima la forma del vestir era muy simple, el adorno y el tatuaje lo suplían con mucho, siendo los máximos exponentes del prestigio personal.

Después de esta somera descripción de las sociedades tradicionales, veamos ahora qué sociedades nos trasmite el mito.

Imaginémonos navegando durante meses en una goleta y que por fin divisamos tierra. Ante nuestros ojos aparece una isla cubierta de exuberante vegetación, con playas de blancas arenas, bañadas por un mar de aguas claras y transparentes. Estas aguas, que dejan entrever el fondo marino, están pobladas por innumerables peces de colores y por arrecifes llenos de corales que las rodean a modo de lagunas. Cerca de la playa, aparece un poblado de chozas de madera y hojas de platanero, habitado por la gente más bella y hospitalaria que jamás se ha visto. Tratan al visitante como si de un familiar se tratase, ofreciéndole nada más verle un collar de flores que las más bonitas muchachas del lugar le entregan antes de tomar tierra.

Ya en la aldea, se le agasaja con un festín al aire libre formado por carnes de cerdo, hechas en el UMU u horno subterráneo, langosta y sabrosas frutas tropicales, todo ello regado con el KAVA, bebida de carácter psicótrópico elaborada por la fermentación del Piper Mesthemicum¹³. Al mismo tiempo, los tambores comienzan a sonar y esas mismas muchachas que le salieron a recibir bailan ante él con un ritmo sensual mostrándole todos los atributos que la madre naturaleza concede a la belleza de la adolescencia y la juventud.

Desde luego el panorama no puede ser más alentador, sobre todo si pensamos en la Europa de finales del XVIII, con sus luchas de clases y sus desajustes económicos, o sobre todo en la revolucionaria Europa del XIX, un mundo en proceso de cambio cuyo tinte de rebeldía dio lugar a uno de los movimientos culturales más acordes con la internacionalización de este mito: el romanticismo en la literatura, y el impresionismo en lo que a pintura se refiere. Pinceles como los de Gauguin mostraron a todo el Occidente la idealización máxima de estas tierras, alentando y difundiendo gráficamente el mito de los Mares del Sur. Y así ha llegado hasta nuestros días. Y cómo es posible, nos preguntamos, que las mismas pautas continúen funcionando en el siglo XX si estamos tan alejados de los hombres del XIX. Quizás a lo mejor es que no lo estamos o que en el fondo los occidentales continuamos sin tener aquello que el mito nos proporciona.

Pero la sociedad actual cuenta con algo que no tenían en la pasada centuria y que a pesar de ello ha mantenido la pervivencia del mito. Me refiero a los medios de comunicación y de difusión, y a las formas de vida. Actualmente una ciudad como Honolulu poco se diferencia de Nueva York o París. Grandes hoteles, cadenas de tiendas mundialmente conocidas, supermercados, ascensos, Hacienda y bancos. Las prisas y las ganas de obtener dinero en una economía libre de mercado como cualquier ciudad poderosa. Y la gente acude bajo la llamada del mismo reclamo, quizás más que a aquella pequeña isla a la que sólo se puede llegar en hidroavión o en motora, sin ruidos y sin apenas coches, aunque exista la televisión en cada choza. Es curioso pero esta última que conserva más genuinamente el sabor tradicional es menos visitada que la gran ciudad y aunque el Hula que se nos muestra en ésta sea para turistas, y lo sepamos, acudimos a las ventajas y comodidades del gran hotel. ¿Buscamos el mito pero sin abandonar las comodidades a las que estamos acostumbrados y de las que tanto dependemos? Posiblemente, quizás nuestro mito se ha hecho artificial en nuestros días y se esté transformando. El Paraíso, las buenas gentes, la sociedad libre y todas aquellas utopías que lo definieron han pasado a ocupar un segundo plano, y es una pena. Las grandes agencias de viajes han hecho que la búsqueda individual del paraíso perdido se convierta en viajes organizados para masas y hoy en día para ver magníficas playas o paisajes deslumbrantes no hace falta irse tan lejos. En el fondo la búsqueda del mito sigue vigente pero de forma individual, en el interior de aquel aventurero que en solitario viaja a aquellas tierras movido por los mismos impulsos que los ilustrados que lo crearon. Y mientras existan gentes así, el mito se transformará pero no desaparecerá en esencia.

13. Esta planta es un arbusto oceánico de la familia de las piperáceas. En la raíz está el alcaloide mesticina o kavaina, y la yangonina, que producen una sensación parecida a la embriaguez alcohólica. Se prepara mascando la raíz y mezclándola con agua para su fermentación. Vease: Reverte Comas, J.: 1981.

- GROETHUYEN, Bernhard (1981): *La Formación de la Conciencia burguesa en Francia durante el S. XVIII*. Fondo de Cultura Económica. Madrid.
- CABELLO CARRO, Paz (1988): *Coleccionismo americano en el siglo XVIII. Historia y estado de la cuestión*. Madrid.
- CATALOGO de la Exposición General de las Islas Filipinas. (1887) Madrid.
- FOX, Robin (1972): *Sistemas de parentesco y matrimonio*. Alianza Ed.. Madrid.
- HARRIS, M. (1980): *Vacas, cerdos, guerras y brujas. Los enigmas de la cultura*. Alianza Ed. Madrid.
- MARTINEZ SHOW y otros (1988): *El Pacífico español. De Magallanes a Malaspina*. Madrid.
- MONTERO RUIZ, Ignacio (1987): «Navegantes prehistóricos del Pacífico. El poblamiento de Polinesia». *Revista de Arqueología*. Pag.20-34. Madrid.
- REVERTE COMAS, J.M^º (1981): *Antropología médica I*. Madrid.